

Iritzia

Behatokia

POR
Joaquín Arriola



Las estructuras de la pobreza

Ya son tres millones de personas las que el 'nuevo' modelo social ha elevado a la pobreza crónica, pasando del 3% de la población antes de la crisis y las reformas al 6%

EL informe anual del Observatorio de la Realidad Social de Cáritas alerta sobre la consolidación de una "nueva estructura social donde crece la espiral de la escasez y el espacio de la vulnerabilidad" y señala que esta situación de empobrecimiento de la sociedad va "más allá de la coyuntura de la crisis".

Una nueva estructura social que amplía la franja de población sometida a condiciones de pobreza severa. Ya son tres millones de personas, el doble que antes de la crisis, las que el nuevo modelo social ha elevado a la pobreza crónica, pasando del 3% de la población antes de la crisis y las reformas al 6% hoy, sobre todo por la propia cronificación del desempleo -3,5 millones de personas llevan más de un año en paro- y es previsible que cuando la reforma estructural complete sus principales objetivos (que tanto ahínco promueven expertos, tecnócratas comunitarios, de organismos internacionales o del Banco de España) en materia de reducción de salarios y pensiones, la pobreza crónica se eleve al 8% o 10% de la población. La pobreza transitoria, que afecta de forma recurrente a unos ocho millones de

personas, puede situarse en un par de años en 10 millones, respondiendo al aumento de los trabajos a tiempo parcial y la consolidación de un tercio de la población laboral en situaciones de trabajo precario.

La nueva estructura social significa pasar de un sistema 20/80 (entre excluidos/incluidos en el reparto del valor económico generado) a una sociedad del 30/70. Esta tendencia, que es general en toda Europa occidental, se presenta de forma más aguda en España, que junto al récord de aumento de la pobreza tiene ventaja también en otras características estructurales del nuevo modelo: la mayor desigualdad de Europa, la mayor caída de los ingresos salariales de Europa, y la mayor reducción de derechos de acceso a los servicios sociales de Europa (siempre con la excepción griega por delante).

Ninguno de los factores señalados anteriormente forma parte de las baterías de indicadores que la Unión Europea ha recopilado para dar seguimiento a la evolución económica de los estados miembros. De modo que la mayor precariedad laboral, el agravamiento de la desigualdad, de la restricción de acceso y el encarecimiento de los servicios públicos y la reducción de salarios no son incompatibles con que los tecnócratas comunitarios le pongan una medalla al gobierno español por los logros conseguidos en materia de política económica. La mejora de la situación económica puede que ayude a más gente a salir de la pobreza, pero no reduce la tasa de (re)caída en situaciones de pobreza. Y la orientación general de las reformas estructurales, debilitando los sistemas públicos de pensiones, de transferencias sociales y la capacidad de negociación colectiva, aumenta la pobreza estructural en los países de Europa Occidental.

Pero las decisiones políticas que determinan esta evolución no son la expresión de políticas equivocadas o de tecnócratas incompetentes, como les gusta afirmar a la mayoría de los economistas críticos. Por el contrario, se integran lógicamente en los cambios tecnológicos y de mercado que experimenta la economía mundial desde los años 80. La liberalización del comercio, la mejora de las tecnologías de transporte y la fragmentación de los procesos de producción industrial han dado lugar a la aparición de un sistema de fábricas mundiales por el que los trabajadores europeos se ven obligados a competir no solo entre ellos por los salarios y empleos en el territorio de la comunidad, sino con los de los países extracomunitarios a los que se ha desplazado la producción total o parcial de las empresas locales. El

aumento del número de trabajadores compitiendo por un número estable de empleos industriales presiona a la baja la tasa salarial y por extensión en el conjunto de la economía. Ahí se encuentra la raíz de la inviabilidad en los países desarrollados de las estrategias llamadas keynesianas o socialdemócratas, basadas en aumentos salariales y de demanda sostenidos en el tiempo. El resultado de todo esto es un aumento de los salarios en los países destino de la inversión industrial y una reducción en los países de origen. La capacidad de aislar y definir la norma salarial a escala nacional es cada vez más difícil.

En los últimos treinta años, la pobreza en los países de ingreso medio de América Latina y Asia se redujo aproximadamente en un 20% de la población, y en los países de bajo ingreso de África y Asia, en un 10%; lo que significa que el ratio excluidos/incluidos está pasado de un 60/40 a un 40/60 en los países de ingreso medio, y de un 80/20 a un 70/30 en los de ingreso bajo (aun cuando el concepto de inclusión es mucho más grueso en los países de la periferia mundial y se puede delimitar por ejemplo por cuestiones en nuestro entorno poco significativas, o universalizadas, como el tener acceso a una cuenta corriente o a formación escolar básica). En la UE, desde el inicio de la crisis, al tiempo que la población en riesgo de pobreza ha aumentado en los países occidentales en más de ocho millones, ha disminuido en cuatro millones y medio en Europa Oriental. Pero el positivo reequilibrio de renta entre

las regiones ricas y pobres del planeta se está produciendo al tiempo que se polarizan los ingresos de la población al interior de los países. En el otro extremo de la renta, cien mil africanos, medio millón de latinoamericanos y dos millones de asiáticos (no japoneses) forman parte del club de los 11 millones de millonarios en activos financieros existentes en el mundo.

Esta élite tiene una identidad cosmopolita y una conciencia de grupo social cada vez más consolidada y desde hace varias décadas se dedica a diseñar el orden social del siglo XXI, siendo consciente de la limitación de los recursos y de la inviabilidad de la sociedad de consumo de masas para todos. El diseño de la sociedad global implica mantener bolsas de apoyo ("clases medias", en la ambigua terminología al uso) no más amplias que lo necesario para gestionar el sistema de centralización de riqueza y recursos en sus propias manos y evitar estallidos sociales que puedan poner en cuestión dicho orden de cosas. Ello implica ampliar dicha base en los continentes de la periferia a costa de una parte de los recursos canalizados hacia las clases medias en los países centrales.

Las políticas de deuda permanente son el instrumento privilegiado para reformar las estructuras sociales demasiado inclusivas que dificultan el nuevo escenario distributivo global. Por eso, para mantener la austeridad por abajo, es que hoy en España dos millones de niños tienen que irse a dormir cada noche mal alimentados, mal escolarizados y sin perspectivas de mejora, para poder pagar deudas a banqueros y millonarios de todo el mundo.

Una alternativa de reequilibrio a escala global sin empobrecimiento relativo en los países del centro pasaría por desarrollar en todos los países los bienes comunes bajo principios de asignación de recursos y productos al margen de las reglas mercantiles, esto es, mediante una socialización creciente de la producción de bienes y servicios destinados a satisfacer las necesidades básicas, de forma que se maximicen las economías de escala y se reduzca al mínimo el despilfarro de recursos mediante una contabilidad social concurrente con la financiera. Sería en todo caso, un sistema de austeridad también por arriba, incompatible con la polarización del ingreso nacional cada vez más acentuada. Y los beneficiarios del actual orden de cosas no parecen dispuestos a permitirlo.

* Profesor titular de Economía Aplicada UPV/EHU

En la UE, al tiempo que la población en riesgo de pobreza ha aumentado en los países occidentales en más de ocho millones, ha disminuido en 4,5 millones en Europa Oriental




**TANATORIO
NUESTRA SEÑORA
DE BEGOÑA**
94 445 35 58
info@albia.es www.albia.es

